

## OPINIÓN

MARTA SANZ

## Devota

Comulgé con guirnalda de flores azules. Asistí a catequesis y aprendí oraciones —“Dios te salve, María, llena eres de gracia”— que me daban que pensar: gracia, para mí, tenía otro significado. Celebramos mi comunión en un restaurante en el que había papagayos vivos. Los mayores se agarraron una cogerza y yo disfruté de mis regalos. Éramos ateos y no ricos —comíamos carne congelada—, pero nunca desaprovechamos una ocasión para divertirnos. Jugué a oficiar misas: la liturgia y el rezo del *Jesúsito de mi vida* antes de acostarme eran experiencias exóticas que vivía cuando me quedaba a dormir con mis abuelos maternos. Los paternos —ateos, antitaurinos, republicanos, melómanos, enciclopédicos, urbanos y quizá supersticiosos— celebraban los santos: cantábamos “Santa Marta, santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía...” Cometíamos sacrilegio y caíamos en contradicciones justificadas porque santa Marta es patrona de la hostelería. Me escucho diciendo “¡Ay, Señor!” y a mi papi le encantan las yemas de santa Teresa. Mi tía me regaló un Antiguo Testamento ilustrado que seguramente inspira la procesión bíblica de Lorca con sus corceles y su reina de Saba. De aquel libro me fascinaban las indumentarias femeninas tanto como los *triquinis* con capa transparente de Dale Arden en *Flash Gordon*. Siempre me gustaron las iglesias y encender una velita y besar el manto de la Virgen del Pilar. El darnos la paz y la experimentación. Confieso —verbo muy propio—: soy, religiosamente, esteta y frívola.

MI gusto por celebrar se atenúa desde que tengo conciencia del papel de la Iglesia católica en el franquismo, y del residuo nacionalcatólico en este siglo XXI, tan lleno de presencias virtuales, que tal vez rebrotan Dios, dioses y magos de Oz. La religión es el opio del pueblo, y cristianismo, judaísmo e islamismo deberían ser revisados, histórica y políticamente, a la luz de

## La Iglesia interfiere en la vida pública con autoridad vergonzosa

ensayos como el *Tratado de atología*, de Michel Onfray. En este país, además de razones “abstractas” para denunciar el fanatismo y la histeria colectiva que causan ciertas ficciones, la Iglesia católica interfiere en la vida pública con autoridad vergonzosa. Se olvidan niños y niñas robados, abusos a menores, represión sexual, machismo, clasismo, caridades mal entendidas, doble moral y acumulación de riquezas con el consiguiente ensanchamiento de simas abisales de desigualdad. La creencia en Dios es antidemocrática. El Concordato firmado por España y la Santa Sede en 1979 —Tamayo habla de “confesionalidad encubierta”— premia a la Iglesia con exenciones en los impuestos sobre la renta y patrimonio, consumo, sucesiones, donaciones y transmisiones patrimoniales, y en la contribución territorial urbana. Cristianos de base y teólogos de la liberación cuestionan el mantenimiento de estos privilegios. Vivir en un Estado aconfesional, no laico, legitima el discutible derecho a la educación religiosa en las escuelas públicas. ¿No debería ser la religión una práctica privada en la que *quien habla solo espera hablar a Dios un día o al revés?* ¿Por qué aún una moral católica, represiva y pacata, interfiere en nuestra vida sexual, considera patológica la homosexualidad y condena anticonceptivos y aborto? Por racionalidad y conciencia de nuestra historia, un Gobierno progresista no puede limitarse a revisar las inmatriculaciones y renegociar con el Vaticano las exenciones fiscales. Que Dios me perdone, pero la deconstrucción de los valores religiosos y de su repercusión social y política debería ser tan profunda como la del machismo: yo hoy me voy de botellón, aunque no sea santa Marta.

## Redefinir las metrópolis

NICOLAS BAVEREZ CARTA DESDE EUROPA - 'LE FIGARO'

## Las grandes ciudades absorben la riqueza y los servicios de calidad y aceleran la polarización de la sociedad y el territorio

En el siglo XIX, el ascenso de la sociedad industrial fue indisoluble de la urbanización. El siglo XX vio aparecer las conurbaciones, junto con el modelo de producción y consumo de masas y la constitución de amplias clases medias en los países desarrollados. El siglo XXI comenzó bajo el signo de la globalización y la metropolización. El capitalismo actual gira en torno a una red de ciudades globales de las que las 30 mayores acogen a casi el 15% de la población. Sin embargo, hoy estamos viendo surgir un movimiento de desglobalización y de oposición a las metrópolis.

Por un lado, la guerra comercial, tecnológica y monetaria lanzada por Estados Unidos está provocando la desaceleración de las transacciones y los pagos mundiales, mientras que la necesaria transición ecológica empuja a relocalizar la producción. Los Estados están volviendo con fuerza, recomponiendo nuevas fronteras que se llenan de muros y reforzando su control de la economía, la sociedad y el territorio. Las instituciones multilaterales se desmantelan o se ven paralizadas por EE UU. La ola populista que golpea el mundo desarrollado, con su nacionalismo, su proteccionismo y su xenofobia, implica una fragmentación brutal del mundo y la reconfiguración de la política y la economía en función de la soberanía nacional.

Por otro lado, en las metrópolis, que fueron los vectores del triunfo de la globalización, se multiplican las señales de alarma. Canibalizan sus propios centros urbanos, que pierden habitantes: desde 2010, 12.000 al año en París, 40.000 al año en Nueva York, 100.000 al año en el área metropolitana de Londres. Desde San Francisco hasta Hong-Kong, pasando por Nueva York, Londres y Berlín, los habitantes, en especial los jóvenes, se movilizan contra la subida de los precios de la vivienda y su expropiación a manos de las élites internacionales

y las empresas tecnológicas. Las mismas metrópolis que absorben la riqueza, los servicios de calidad, la innovación y los centros de decisión aceleran la polarización de la actividad, la sociedad y el territorio y provocan la revuelta de la periferia, como ha mostrado el movimiento de los *chalecos amarillos*. Además, el gigantismo, la frecuente proximidad al mar y la contaminación hacen que las metrópolis sean muy vulnerables a los problemas derivados del cambio climático, desde la escasez de agua que afecta a Ciudad del Cabo, Ciudad de México, São Paulo y las grandes ciudades indias hasta las catástrofes naturales que, por ejemplo, obligan a Indonesia a trasladar su capital a Borneo pues Yakarta y sus 30 millones de habitantes están su-

media. Ahora deben reaccionar ante los retos de la polarización y las desigualdades, la revolución digital y la transición ecológica.

Sin dejar de estar ligadas a la globalización, las metrópolis encarnan la historia y la cultura de los pueblos y las naciones. Su evolución no obedece a una ley universal. Su reinención debe eludir tanto la lógica de la urgencia como la ilusión tecnológica basada exclusivamente en la gestión de datos para dar a luz una ciudad inteligente y sostenible.

Su gobernanza tiene que abrirse a sus ciudadanos, con una democracia participativa, y hacia los territorios que las rodean. Es indispensable controlar su desarrollo mediante la creación de ciudades nuevas sostenibles para evitar la insostenible concentración

## La reinención urbana debe eludir la lógica de la urgencia y la ilusión tecnológica basada solo en la gestión de datos para crear ciudades sostenibles

mergiéndose poco a poco y viven expuestos a los terremotos.

La actividad de las metrópolis no va a desaparecer. Pero las tensiones que genera su expansión son estructurales, y pueden poner en peligro su futuro. El gigantismo va de la mano de la expansión urbana, que crea problemas de urbanismo, saturación de las infraestructuras y desnaturalización del suelo. La metrópolis es indisoluble de la polarización del espacio, entre barrios privilegiados en los que los precios de la vivienda se disparan y barrios pobres en los que hoy viven mil millones de personas. Los centros están cada vez más reservados a los ancianos, los ricos y los turistas, mientras que en las periferias están los jóvenes, las poblaciones activas y los pobres.

Las metrópolis no tienen más remedio que replantearse. Antes, las ciudades se adaptaron a la industrialización, la electricidad y el automóvil, el auge de la clase

de cientos de millones de personas que se avecina. La prioridad es un crecimiento inclusivo que facilite el acceso a la vivienda, el transporte, la educación y la salud. En resumen, la metrópolis debe ser el laboratorio para la conciliación entre capital económico, capital humano y capital natural. El siglo XXI va a ser el siglo de las metrópolis. Su capacidad de modernizarse y regenerarse determinará en gran parte no solo la jerarquía de los países y los continentes sino también la capacidad de resistencia de la globalización frente a la acometida nacionalista y proteccionista de EE UU y el futuro de la libertad política frente a la amenaza populista.

Nicolas Baverez es historiador. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

LENA LEADING — EUROPEAN NEWSPAPER — ALLIANCE

## PERIDIS

